

LOS PRIMEROS
CRISTIANOS URBANOS

BIBLIOTECA DE ESTUDIOS BÍBLICOS

64

Colección dirigida por
Santiago Guijarro Oporto

WAYNE A. MEEKS

**LOS PRIMEROS
CRISTIANOS URBANOS**

El mundo social del apóstol Pablo

SEGUNDA EDICIÓN

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2012

Cubierta diseñada por Christian Hugo Martín

Tradujo Manuel Olasagasti del original inglés

The First Urban Christians. The Social World of the Apostle Paul

© Yale University Press, London 1983, ²2003 revisada y aumentada

© Ediciones Sigueme S.A.U., 1987

C/ García Tejado, 23-27 - 37007 Salamanca / España

Tlf.: (+34) 923 218 203 - Fax: (+34) 923 270 563

ediciones@sigueme.es

www.sigueme.es

ISBN: 978-84-301-1817-5

Depósito legal: S. 674-2012

Impreso en España / Unión Europea

Imprime: Gráficas Varona S.A.

CONTENIDO

<i>Prólogo</i>	VII
<i>Suplemento bibliográfico</i>	XIII
<i>Prólogo a la primera edición</i>	9
<i>Introducción</i>	11
1. EL AMBIENTE URBANO DEL CRISTIANISMO PAULINO	23
Pablo y la ciudad	23
De la aldea a la ciudad	25
De la polis al Imperio	27
Los habitantes de la ciudad	30
La ciudad contra el campo	32
Cosmópolis	33
Movilidad	35
Las mujeres en la ciudad grecorromana	46
Conexiones	50
Judaísmo urbano y cristianismo paulino	61
Las ciudades del cristianismo paulino	74
2. EL NIVEL SOCIAL DE LOS CRISTIANOS PAULINOS	93
¿«Proletarios» o «clase media»?	93
Estratificación social	96
Testimonio prosopográfico	101
Testimonios indirectos	114
Estratos mixtos, status ambiguo	128
3. LA FORMACIÓN DE LA EKKLESIA	131
Modelos tomados del entorno	132
La comunidad y sus fronteras	148
Un pueblo universal	183

4. GOBIERNO	189
Tratamiento del conflicto	189
Inferencias	217
5. RITOS	231
Ritos menores	234
El bautismo: rito de iniciación	246
La Cena del Señor: rito de solidaridad	257
Ritos desconocidos y controvertidos	263
6. MODELOS DE CREENCIA Y MODELOS DE VIDA	267
Un solo Dios, un solo Señor, un solo cuerpo	268
La apocalíptica y el control de la innovación	276
El Mesías crucificado	289
El mal y su eliminación	294
Correlaciones	303
<i>Siglas</i>	307
<i>Bibliografía de obras secundarias citadas</i>	311
<i>Índices de citas bíblicas, de autores modernos y de materias</i>	349

PRÓLOGO

Cuando en 1983 vio la luz *Los primeros cristianos urbanos*, la idea de una historia social del naciente movimiento cristiano resultaba novedosa. Por supuesto, ya antes se había intentado explicar los orígenes de la secta cristiana o su éxito final basándose en una u otra teoría sociológica, pero los resultados no habían perdurado demasiado tiempo. Lo que yo quería hacer consistía simplemente en describir, de la forma más detallada posible, las estructuras sociales, el ambiente, los presupuestos culturales tradicionales asumidos en ese entorno social, así como la peculiar subcultura que algunos de esos grupos estaban desarrollando. La idea fue recibida con escepticismo. Muchos de mis colegas consideraron que era imposible. Otros, sobre todo teólogos, pensaron que resultaba irrelevante o incluso peligrosa. También yo veía muchísimas razones para ser pesimista, y durante los siete u ocho años que pasé dedicado a investigar y escribir para el proyecto, a menudo me sentí tentado de abandonarlo por algo más sencillo y convencional. No obstante, hubo otras personas, en especial aquellas que menciono en el prólogo de la primera edición, que me ayudaron a mantener el entusiasmo por la empresa. Al mismo tiempo —no puedo negarlo— me hizo persistir en mi empeño esa cabezonería que nace de la curiosidad y que en el fondo es la única razón firme por la que uno intenta ser historiador.

Han pasado más de veinte años, y aquellos que, en la década de 1970, comenzamos a preguntarnos por el mundo social del cristianismo primitivo, probablemente parezcamos hoy más anticuados que innovadores. Desde entonces, un buen número de publicaciones han analizado diversos aspectos de los primitivos contextos y formaciones del cristianismo primitivo (cf. el suplemento bibliográfico que incluimos después de este prólogo). Muchos de esos trabajos se han aventurado en terrenos más complejos que los que yo exploré en la primera edición de este libro, pues los testimonios llegados a nosotros de la mayor parte de variedades de cristianismo del siglo I son fragmentarios en el mejor de los casos, y no resulta fácil valorarlos. Las cartas atribuidas a Pablo y sus colaboradores

y discípulos inmediatos, complementadas con los Hechos de los Apóstoles –la primera historia de su actividad, escrita tan solo una generación más tarde–, proporcionan un testimonio más rico y directo que el que tenemos a nuestra disposición en relación con cualquier otra etapa del movimiento cristiano antes de los días de Trajano, como muy pronto. Los estudios de los ambientes sociales de los evangelios, por ejemplo, resultan inevitablemente más especulativos. Esa es una razón por la que los resultados recogidos en este libro, que ya reunían las indagaciones de un gran número de estudiosos que trabajaban en temas paulinos, todavía parecen lo suficientemente sólidos como para justificar una reedición sin cambios sustanciales. El otro aliciente que nos mueve es que este libro apareció, por fortuna, en un momento en que los métodos de estudio se hallaban inmersos en un cambio, abriéndose en nuevas direcciones; así, para muchos estudiantes ha terminado por convertirse en una especie de punto de referencia obligado en la historia de la exégesis neotestamentaria.

Las imágenes de los primeros cristianos que de forma espontánea nos vienen a la mente son las de pastores, campesinos y pescadores en un entorno rural. Se trata de imágenes inspiradas en las parábolas de Jesús en los evangelios, reforzadas por el sesgo agrario que ha caracterizado hasta hace poco la mayor parte de las sociedades donde la piedad cristiana ha arraigado y dado fruto. Al margen de la verdad que podrían reflejar tales representaciones, lo cierto es que el cristianismo que se convirtió en la religión oficial del imperio romano tras la conversión de Constantino en absoluto se parecía a ellas. Si poseyéramos más testimonios de la primera década del movimiento, descubriríamos que incluso en esos años iniciales el ambiente no era tan bucólico. Algunos estudios recientes han presentado motivos para dudar de que las zonas de Galilea donde Jesús se hallaba en su ambiente fueran exclusivamente rurales, y de que Jesús y sus seguidores pudiesen ser etiquetados adecuadamente como «campesinos». La urbanización que Alejandro y sus sucesores y, más tarde, los romanos promovieron en aquella región pudo haber afectado al movimiento en un periodo incluso anterior a lo que otrora se pensaba. En cualquier caso, el cristianismo se extendió como culto urbano a lo largo y ancho del imperio, y los testimonios más antiguos y fiables que poseemos de su formación como culto urbano proceden de los documentos asociados con Pablo.

Ahora podrían añadirse muchos detalles al esbozo del «entorno urbano del cristianismo paulino» que tracé en el primer capítulo.

No dejan de aparecer datos procedentes de las palas de los arqueólogos y de los sótanos de los museos. Tomemos como ejemplo Éfeso, el lugar que más impresiona a los investigadores del Nuevo Testamento y uno de los más estudiados. Las constantes excavaciones y reconstrucciones allí realizadas ofrecen una imagen cada vez más detallada de la vida de aquella metrópoli, centro de las actividades de Pablo en la provincia de Asia (si bien la mayoría de los monumentos que ve el visitante actual son de época posterior a Pablo). La publicación sistemática de las inscripciones de esa localidad constituye una fuente para comprender la situación cultural, económica y social de los diversos grupos de la ciudad. Las asociaciones de Éfeso, por ejemplo, han dejado un importante registro que puede reforzar y ampliar la comparación que establezco en el capítulo 3 entre los grupos paulinos y las corporaciones voluntarias. De forma parecida, otros yacimientos están aportando información útil. Asimismo, los historiadores del imperio romano no dejan de revisar el panorama general. Todo ello ha llevado a considerar las nuevas cuestiones teóricas en torno a la estructura general de la sociedad urbana de la Antigüedad.

No podemos dejar de subrayar que la ciudad antigua es, en muchos sentidos, diferente de las urbes que conocemos hoy en día, y debemos recordar constantemente que conviene estar alerta ante los anacronismos que tan fácilmente se deslizan en nuestras descripciones. Por otro lado, a menudo suelen resultar engañosas las generalizaciones lapidarias sobre las diferencias. Las descripciones que, por ejemplo, los sociólogos hacen de la «ciudad preindustrial» normalmente están basadas en testimonios de la situación europea de finales del medievo y comienzos de la edad moderna —es decir, en vísperas de la revolución industrial—. Las ciudades de las provincias romanas del periodo que nos incumbe eran sin lugar a dudas «preindustriales» en un sentido cronológico, pero muy distintas, por decir algo, del París del siglo XVI. Ello no significa, por supuesto, que los estudios sobre este último no sugieran interesantes cuestiones que plantear respecto del primero. De hecho, los análisis de la relación entre las ciudades y su entorno agrario, incluso en modernas sociedades «en desarrollo», pueden proporcionar notables intuiciones y líneas de investigación respecto a la simbiosis entre las zonas rurales y urbanas del imperio romano. Tal vez he subrayado en exceso los conflictos, ciertamente reales, entre la *polis* y la *chora* en la Antigüedad, y no lo suficiente su interdependencia. Resultaría provechoso extenderse sobre las conexiones entre campo y ciudad,

aunque ello dará mejores frutos sin duda a la hora de estudiar la difusión del cristianismo un siglo después de Pablo.

En las últimas décadas, ningún tema relativo a la vida de las ciudades romanas ha sido objeto de un estudio más intenso, ni ha dado resultados más sugerentes, que las distintas maneras en que las comunidades judías se adaptaron a la cultura de esas ciudades. Y prácticamente ningún otro campo de estudio tiene mayor relevancia a la hora de comprender la formación de los grupos paulinos en esas mismas ciudades. En cualquier caso, la dirección hacia la que tendía la investigación ya estaba clara en la década de 1980, y la información adicional y el desarrollo de otras estrategias interpretativas que han aparecido solamente subrayan y amplían la descripción de los judíos en las ciudades grecorromanas que perfilé en el capítulo 1 y sobre la que me basé en otros capítulos.

De una forma algo más matizada y compleja, se podría decir lo mismo acerca de la investigación sobre el papel de la mujer en la sociedad antigua, incluida su participación en el naciente movimiento cristiano. La interpretación feminista de la literatura cristiana primitiva ha sacado a la luz muchas pruebas de las actividades de la mujer en lugares inesperados, además de haber afinado nuestra sensibilidad respecto a la importancia de tales testimonios. Asimismo, los estudios dedicados a la construcción del género y el concepto del cuerpo en la Antigüedad nos han proporcionado nuevas formas de reflexionar sobre determinadas dimensiones básicas del mundo social que a los historiadores les gustaría comprender. Sin embargo, me enorgullezco de haber llevado a cabo alguna pequeña aportación a la temprana interpretación feminista, y aunque algunos detalles necesitarían ser ampliados o corregidos, no veo razón para cambiar el esquema general de los problemas de género en las comunidades descritas más adelante. Sin duda, lo más importante es que las mujeres destacaron en la misión paulina y en los grupos que fundó, constatación que hasta no hace mucho la exégesis moderna ha ignorado en gran medida.

Cada generación contempla el pasado de un modo distinto. Gran parte de lo que vemos es inevitablemente reflejo de nuestros propios deseos o antipatías, así como de los prejuicios y vacíos que están integrados, por así decirlo, en el sentido común de nuestra propia cultura. La labor de tratar de entender a personas que murieron tiempo atrás jamás concluye, no solo porque las huellas que han dejado experimentan variaciones —se descubren nuevos hechos, se transforman viejos datos al ser colocados en otra parte del puzzle—,

sino también porque nosotros mismos cambiamos. Una expresión de ese cambio es el desarrollo de teorías en torno al comportamiento humano. Cuando escribí este libro, era bastante escéptico respecto a la capacidad de cualquier teoría social de elaborar un modelo del primitivo movimiento cristiano que fuese lo suficientemente preciso como para formular un pronóstico. Ahora soy aún más escéptico. Algunos de mis críticos me han reprochado mi falta de profesionalidad como sociólogo, dando a entender que me niego a adoptar una particular perspectiva teórica y a pasar todos los datos por su criba. Resulta sorprendente que quienes esgrimieron este argumento con más dureza son también ellos aficionados en el campo de los estudios sociales, pues, al igual que yo, eran exegetas; los sociólogos y antropólogos que se tropezaron con mi obra parecen haber encontrado mi eclecticismo bastante normal.

El hecho es que no sé por qué apareció el cristianismo ni por qué razón tuvo «éxito». A todos nos gustaría dar respuesta cabal a tales preguntas. Al no poder lograrlo, nos gustaría ser capaces de describir exactamente qué sucedía en esas reuniones —al estilo de las de una asociación— en la vivienda que Prisca tenía sobre su taller, o en el gran salón de Gayo, y cuál era el sentido de lo que se hacía en ellas. Nunca se posee la suficiente información, y la que tenemos resulta a menudo difícil de interpretar.

Existe la gran tentación de buscar una clave que haga que todo cobre sentido, un único epígrafe que condense todo lo que era característico de la sociedad en una ciudad romana de provincias (o en cierta «cultura mediterránea» atemporal) y que nos resulta extraño. Pero no hay tal clave. Ni la relación patrono-cliente, ni la sociedad basada en el honor y la vergüenza, ni la inconsistencia del estatus, ni la personalidad diádica, ni la conversión del carisma en algo rutinario, ni la elección racional en una economía precapitalista, ni las dinámicas estudiadas con la teoría cuadrícula/grupo.

Las interpretaciones representadas por alguna o por todas estas metonimias y otras parecidas pueden, de hecho, contribuir a que contemplemos desde un ángulo distinto los indicios que tenemos a nuestra disposición, o que descubramos testimonios que no sabíamos que estaban ahí. Pero no dejan de ser abstracciones que jamás pueden sustituir a una inmersión profunda y prolongada en las dispersas y enigmáticas huellas dejadas por las gentes del siglo I. Únicamente esa inmersión logrará proporcionarnos una impresión de las diversas, complejas y dinámicas redes de relaciones sociales que constituían la vida de las ciudades donde el movimiento que

terminaría por convertirse en el «cristianismo» comenzó a adquirir su duradera configuración.

En definitiva, reconstruir la historia tiene más de arte que de ciencia –no en vano, los científicos que conozco reconocen prestos que hay mucho de arte en su ciencia–. Espero que este libro, en su nueva aparición, siga alentando a los lectores a participar en esa imaginativa tarea y que al final digan que conocen a aquellos primeros cristianos un poco mejor.



Itinerario seguido por san Pablo prisionero a Roma.